
**SABEMOS CÓMO VAMOS
A MORIR**

**PACO IGNACIO
TAIBO II**

**SABEMOS CÓMO VAMOS
A MORIR**

 Planeta

© 2020, Paco Ignacio Taibo II

Fotografía del autor: © Citlali Hernández Mora
Diseño de portada: Planeta Arte y Diseño / Jorge Garnica / Music for
Chameleons

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2020
ISBN: 978-607-07-6827-9

Primera edición impresa en México: agosto de 2020
ISBN: 978-607-07-6821-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CEMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

I

Los fantasmas de Varsovia



Ataque al gueto

Hay momentos luminosos en la historia del género humano que duran un instante fugaz, como un relámpago, y se desvanecen en la memoria colectiva, como se vuelven retórica, se disuelven en el velo de las palabras y los números; sin embargo, tienen tal carga de intensidad que renacen de las cenizas. Este que voy a intentar narrar es obvia y terriblemente uno de ellos.

Yo no conocía Varsovia y, sin embargo, podía recorrer en una memoria ajena, escrita o fotográfica, al-

gunas de sus calles, las de lo que fue el gueto, tomado de la mano de Mordejái Anilevich, los testimonios de Marek Edelman o el archivo del doctor Ringelblum. Avenidas, callejones y edificios, portales, comercios abandonados, referencias de postes, tiendas y esquinas que hoy no existen, borradas del bordado de la tierra, piedra tras piedra, vueltas polvo y cenizas, como los que allí habitaban.

No es nuevo esto de moverse en ciudades pobladas por fantasmas. Todo lector de ciencia ficción conoce la sensación bradburyana, la conoce el que camina de noche por Teotihuacán o llega a Chichen Itzá y se acerca a las fronteras de la selva, que permanentemente amenazan con tragársela. Pero los fantasmas de Varsovia no tienen esa cualidad mágica, misteriosa; son como alaridos, *El grito* de Munch eternamente ampliado al infinito.

Aire gélido. Un frío cortante me acompaña en mi primera visita, eso y la sensación de que hay historias que me rebasan, me desbordan, «me quedan grandes», diríamos en México, me invaden. Gracias a la Feria del Libro de Varsovia pude llegar a la tumba de Mordejái Anilevich. Una piedra blanca irregular, de no más de setenta centímetros de altura, al lado de un sendero, en los linderos de un parque.

Cada vez la memoria me traiciona con mayor precisión y frecuencia, borrando fragmentos de lo que quiero conservar. Recuerdo que hace años descubrí casualmente una carta de Mordejái escrita poco antes del levantamiento, en la que reportaba a sus compañeros en otra parte de la Polonia ocupada por los nazis y les decía que hasta esos momentos los judíos no habían podido elegir la forma de vivir en la Europa dominada

por el fascismo, incluso no habían podido elegir la forma de morir, pero ahora iban a intentarlo. Estaba en proceso la operación de exterminio masivo del gueto de Varsovia y Mordejái iba a protagonizar, con unos pocos centenares de combatientes, la mayoría extremadamente jóvenes, una de esas gestas inolvidables al intentar morir matando contra una maquinaria militar que los sobrepasaba en proporción de cien a uno. Iban a morir, y eran tremendamente conscientes del hecho, disparando y matando a miembros de las ss hitlerianas.

La carta me sacudió como pocas cosas suelen hacerlo, rompía la desesperación que me produce la percepción de pasividad en que se realizó el asesinato de seis millones de judíos, un millón de gitanos; un cuarto de millón de homosexuales y otro tanto de comunistas, socialistas, anarquistas; alemanes, polacos, franceses, españoles y soviéticos.

He vuelto a encontrar la carta original, pero cuando la recuerdo altero la frase: «No hemos podido elegir la manera de vivir, pero ahora decidiremos cómo vamos a morir», incluso, a veces, pienso que la he inventado partiendo de las varias veces que he leído reproducciones y traducciones de la tan circulada carta de Mordejái a sus compañeros del exterior el 23 de abril de 1943.

¿Cómo se vive con la absoluta certeza de que se va a morir en los siguientes días? Con la clara seguridad de que solamente un milagro podrá impedirlo, con la certidumbre de que los milagros no existen.

II

El scout socialista



Mordejái vestido de *scout*, de pie, a la derecha

La infancia y la adolescencia recordadas de un futuro héroe (aunque sea para sus muy escasos biógrafos) se vuelven una cadena de detalles que explicarán su porvenir, una serie de piedras angulares, que definen futuro y estilo y se elimina todo lo que les hace sombra. El pasado, piensan los narradores inocentes, sirve para

explicar el futuro. Y no es así, quizá el futuro inmediato, quizá algunas huellas clavadas en la columna vertebral de los personajes; pero el pasado, fundamentalmente, sirve para producir contextos y sombra, como bien saben los pintores.

Había nacido el primer día de 1919 en el pueblo de Wysków, a una hora en tren al noroeste de Varsovia, una pequeña comunidad de seis mil habitantes, la mitad de ellos judíos. Será bautizado como Mordejái (Mordechai, Mardoqueo, dependiendo de la traducción), nombre de personaje bíblico, claro; el padre adoptivo y marido de Esther, metido en conspiraciones poco afortunadas.

Poco sabemos de su padre, Abraham, pero Tsirl, su madre, era una vendedora de pescado que, en los recuerdos de Marek Edelman, tenía un truco para hacer que los peces parecieran frescos, haciendo que su pequeño hijo comprara pintura roja y tiñera las agallas. La familia se mudó al barrio proletario de Powisla en Varsovia. Vivía en un departamento de una sola pieza en un viejo caserón. Tenía una tienda de abarrotes que nunca dio el suficiente dinero para completar dos comidas al día.

En la memoria de sus compañeros, Mordejái Anilevich era un niño y posteriormente un adolescente que siempre tenía hambre. La huella de esos años debe de haber sido profunda porque, después, en las escasas ocasiones en que Mordejái habló de su infancia con amigos, solía recordar que siempre estaba famélico en el camino a la escuela, después de ayudar a la madre en el comercio o permanecer en la casa cuidando a sus hermanos pequeños.

Antes de la guerra vivía en la calle Solec. Estudió la secundaria en un *Gymnasium* local y se afilió a las

organizaciones juveniles judías, que practicaban una especie de esculismo al modo de los Wandervögel (pájaros errantes) alemanes, las golondrinas que tan bien describe Ernst Toller, que desde el fin del siglo XIX buscaron en la naturaleza, el viaje, el vagabundeo y la música la respuesta a una sociedad industrial que no les resultaba atractiva. Chocó en el instituto con el conservadurismo racista polaco y con la ortodoxia judía por sus opiniones izquierdistas y se vio obligado a hacer el examen final dos veces por presentarse con camisa de *scout* y distintivos socialistas.

Los grupos juveniles judíos se movían en todo el país y particularmente en Varsovia con un peso extra sobre las jóvenes espaldas: tener que mantener la resistencia ante el tremendo racismo reinante en Polonia, heredero de años de discriminación y pogromos. Hablaban de sionismo, del regreso a la patria perdida, de socialismo y justicia, y discutían de política. Lo sé porque yo pasé por uno de sus colectivos, llamados *ken* (nido), curiosamente sin ser judío, pero siguiendo las huellas de una adolescente de la que me había enamorado; de mi mejor amigo, Antonio Garst, y aprovechando la soberbia biblioteca que tenían.

Algunas fuentes dicen que Mordejái pasó por el Betar, bastante conservador, y terminó en el socialista Hashomer Hatzair (La Guardia de la Juventud), cercano al Bund, el partido socialista proletario, donde tocaba el tambor, salía constantemente de excusión, estudiaba la historia de las luchas obreras en Europa y leía a Herzl y a Marx. Sus compañeros lo apodaban, vaya usted a saber por qué, el Pequeño Ángel.

El Hashomer, fundado en la Galizia polaca en 1913, mezclaba el debate, la literatura, el aprendizaje

en cosas tan prácticas como hacer fogatas o levantar campamentos a la intemperie, el trabajo político, los juegos, la convivencia colectiva, el discurso sionista y el amor por la utopía del socialismo. El movimiento creció rápidamente en los años de entreguerras.

El adolescente comenzó a practicar lucha grecorromana y más tarde boxeo. Por algún lado debían salir los excesos de energía. Una de sus escasas fotos existentes lo sitúa en 1937 con pantalones cortos y pañoleta al cuello, el pelo rebelde, la mirada sorprendentemente seria, con dos compañeros y dos compañeras, porque el Hashomer era mixto y profundamente igualitario en la participación de hombres y mujeres.

Sobrevivía en la escuela y en el barrio. Se había vuelto un lector obsesivo. Había sido nombrado presidente de su clase, adoptado definitivamente el apodo Aniolek (Angelito), y dirigía a grupos de adolescentes judíos, junto con uno de sus hermanos, que devolvían a golpes la persecución de los jóvenes arios usando sus habilidades boxísticas del gancho de izquierda y el *uppercut*. Con frecuencia regresaba a su casa con huellas de las peleas, ojos morados, pequeñas heridas, la ropa desgarrada, habiendo perdido la mochila, pero con una amplia sonrisa en la boca. Era, en el mejor de los casos, un eficaz peleador callejero, culto, extremadamente pobre y judío.

A los dieciocho años Mordejái Anilevich ingresa al ejército polaco para hacer el servicio militar, donde encuentra una institución profundamente antisemita, con agresiones nocturnas y donde les roban el armamento. Continúa con el grupo de Hashomer del que se ha vuelto guía; corre el año 1937. Ahí practica ejercicios militares, constantes excursiones fuera de Varso-

via, marchas interminables sin aviso previo. Aprende a hablar hebreo, en el horizonte se encuentra el viajar a Israel para constituir un Estado en Palestina. Su pequeño grupo se disciplina, frecuentemente choca contra las pandillas juveniles que asolan el gueto. En los combates callejeros no tiene malos resultados; como se diría en México, «son buenos para los madrazos». Con el único sector de la juventud polaca que mantiene contacto fraternal y estrechas relaciones es con las otras organizaciones de *scouts*.

Algunos compañeros lo acusan de ser rígido y extremadamente exigente con las adolescentes del grupo. Responde que no es un buen momento para andar «socializando». Pero en secreto tiene una novia y pronto es conocida: Mira Fuchrer, de diecisiete años, a la que se recordaría como una jovencita repleta de energía y vitalidad, siempre abierta a la sonrisa, hasta en las horas más oscuras. Edelman la describirá como «bella, rubia, cálida». Una de las pocas fotos que se conservan de Mira es anterior a su relación con Mordejái, uno o dos años antes; no sé cómo describirla, una mirada que se pierde en los ojos del observador, una cierta e inquietante inocencia. Un amigo habla de sus ojos grises, su mandíbula firme.

Hay una frase en polaco, cuyo autor nunca he podido precisar, que dice: «No pareces un ángel navideño». Aquí y entonces, el joven Mordejái lo parecía. Era un personaje sacado de un poema de Brecht cuando decía: «Los grandes pájaros que al atardecer tienen hambre en el oscuro cielo».

Índice

I.	Los fantasmas de Varsovia	7
II.	El scout socialista	11
III.	La guerra	17
IV.	El gueto	21
V.	La policía judía	29
VI.	Noticias	31
VII.	El bloque	35
VIII.	Tú los ves, ellos no te ven	41
IX.	La gran deportación	43
X.	El antihéroe: Adam Czerniakow	49
XI.	El terror durante julio	53
XII.	Con una pistola	57
XIII.	Ellos	61
XIV.	Treblinka	63
XV.	Los niños	69
XVI.	Dios	73
XVII.	Porrajmos	75
XVIII.	Confirmación	77
XIX.	La primera respuesta armada	81
XX.	Finales de agosto	83
XXI.	Septiembre	85
XXII.	Se reinicia el ciclo de la muerte	89
XXIII.	La Organización Judía de Combate (ZOB)	91
XXIV.	Lejkin	95

XXV.	La Comuna de París. El peso de la historia	97
XXVI.	zzw	99
XXVII.	Gancwajch	103
XXVIII.	«La honorable tarea». Finales del 42, enero del 43	107
XXIX.	Himmler en Varsovia	109
XXX.	La acción de enero	111
XXXI.	Los túneles y el júbilo	119
XXXII.	La ética en tiempos de mucha muerte, de todas las muertes	123
XXXIII.	El aislamiento	125
XXXIV.	Los enlaces, el amor	127
XXXV.	La pausa	129
XXXVI.	El primer día, lunes 19 de abril	135
XXXVII.	Stroop	143
XXXVIII.	Tres días: 20 a 22 de abril. 20 de abril, cumpleaños de Hitler	145
XXXIX.	La carta del 23	151
XL.	La guerra de los búnkeres	155
XLI.	Última resistencia	159
XLII.	Mila 18. 7 y 8 de mayo	161
XLIII.	La fuga	165
XLIV.	«El barrio judío de Varsovia ya no existe»	167
XLV.	Destinos	171
	Sobre las fuentes informativas	177